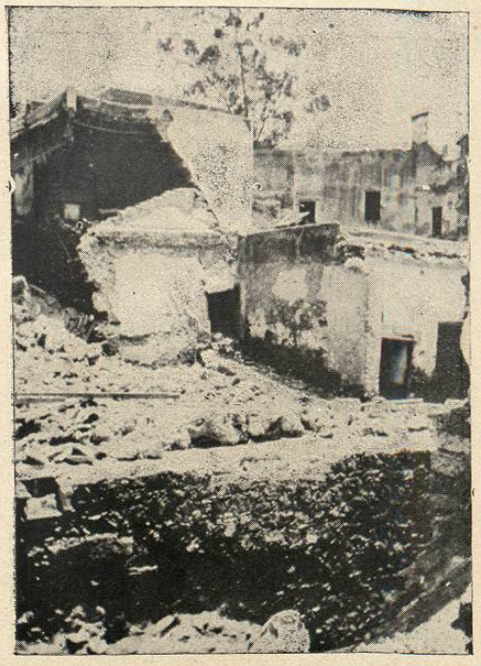
LA DESTRUCCION DE UN BARRIO.

La sorpresa.—El hundimiento.—Una madre heroica.—El Obrero sombrío.—Sobre las ruinas.

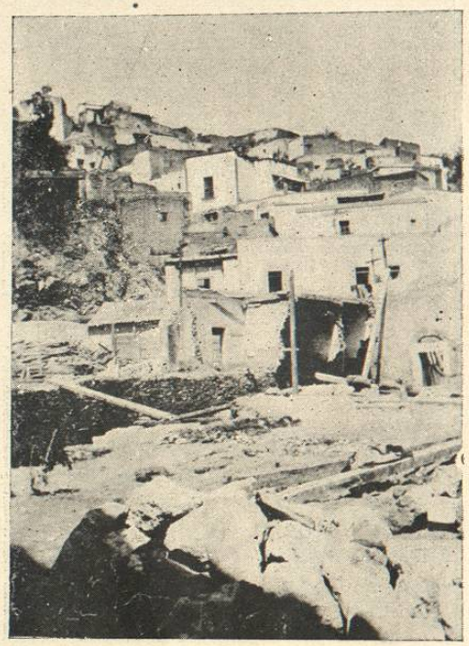
Es tiempo de lanzar una ojeada sobre las espeluznantes escenas que se desarrollaron en el infeliz barrio del Hinojo; que al golpe arrollador de la ola se borró en breves instantes del plano de la ciudad, como desaparece rápidamente una decoración de teatro en alguna fantástica obra de mágia.

Formado de humildes casas de adobe, lleno de callejones estrechos, intrincados y revueltos, el barrio mencionado ocupa la rivera derecha del río, y sus casas iban ascendiendo desde allí hasta las alturas del próximo cerro, donde se desplegan en forma de anfiteatro.

Esas casas eran habitadas por una pobre población de obreros y luchadores, hacinados en el estrecho recinto de los cuartos de vecindad.



Barrio del Hinojo.



Barrio del Hinojo.

El día del desastre (sábado por la tarde,) la mayor parte de la población masculina estaba en sus ocupaciones, en sus empleos, sus minas y sus talleres. Cuando empezó á caer la lluvia, los pequeñuelos buscaban el refugio del hogar y en el interior de las casas se reunieron los grupos de las familias, ignorantes del cataclismo próximo á estallar. Más tarde se encontraron bajo los escombros esos grupos conmovedores, esos racimos humanos, (madres y chiquillos,) unidos aún después de la muerte.

El río, que ya había roto por sitios diferentes su impotente cauce, á la altura del puente del Hinojo estalló derribando las bardas de dicho puente, saltó como un volcán que se abre, retorciendo sus olas como dotadas de poderosa vida.

No hubo punto en la ciudad en que el espectáculo haya podido compararse en horror á éste. En todas partes el agua subía visiblemente, pero dejando tiempo suficiente para la fuga; envolviendo los edificios poco á poco, lamiendo primero los cimientos y acabando por azotar los balcones.

Pero en el Hinojo la acometida fué traidora y brusca; una horrible carga de caballería, dada por las olas sobre pobres casuchas, albergue de niños y mujeres, impotentes las unas para

resistir el choque, imposibilitados los otros para buscar y encontrar la salvación.

Sin embargo, no todos perecieron. Hubo muchos que cediendo al pánico, y encontrándose en situación favorable, huyeron á la primera ola, por azoteas y callejones á las próximas alturas. Algunos llegaron, el resto pereció, así como los muchos que ni aun pudieron salir de sus casas, ahogados en su propio hogar ó aplastados bajo los escombros.

Los espectadores de los cercanos cerros y de los balcones y azoteas de las casas altas del Ropero, pudieron ver el siguiente cuadro:

La línea del agua cubrió en un momento las casas hasta su mitad, entrando en ellas y sorprendiendo á los habitantes. Desde el primer embate comenzaron á desmoronarse, á ceder, á derrumbarse, unas desapareciendo bruscamente, como sorbidas por la ola; otras se derrumbaban por sus muros, dejando por un momento el techo sostenido por una pared más resistente pero que no tardaba en caer también. Otras, en fin, arrancadas, descuajadas de sus cimientos, se bamboleaban como á efecto de un terremoto y caían luego desapareciendo en el torbellino confuso.

Cada derrumbe era señalado por un sordo estampido y por una nube de polvo que salía sobre el agua.

En una ventana, semi--desnuda y loca de terror, una mujer gritaba; mas allá, por encima de las azoteas, corrían algunos en busca de una imposible salvación. Pero las azoteas y las casas se hundían bajo sus piés y faltando el último apoyo, la ola enorme los cubría. ¡El agua por todas partes! ¡La muerte enmedio de la horrible desesperación!

Poco después todas las casas alcanzadas por el agua, desaparecieron; se borró el perfil de calles y callejones; en lugar de la intrincada madeja, una llanura de agua espumeante y rojiza, el río desbordado acallando todos los ruidos con su estrépito y los hilos espesos de la lluvia, esfumando en su bruma opaca la terrible escena de angustia y de muerte!.....

Más horrible aún que las escenas de conjunto, fueron los infinitos dramas sueltos desarrollados en el interior de las casas.

Como hemos dicho antes, familias enteras perecían, súbita y brutalmente, bajo los desplomes. En ese montón de lodo y madera á que se redujo el barrio del Hinojo, se encontraron cadáveres que conservaban huellas horribles de la última lucha.

Mujeres, pobres madres quizás, que perecieron á la vista de sus hijos.

Niñitos de uno, de dos, de cinco años, que

fueron hermosas criaturas de pelito rizado, de tranquilas miradas inocentes, muertos, con el cráneo hundido por una viga, con los ojos abiertos y opacos, con los vientres meteorizados horriblemente y con las caritas hinchadas y espantosas.

No abusaremos de estas escenas de horror que la pluma rechaza describir. Además como hemos dicho, hay dramas inenarrables, porque entre sus actores no hubo un solo superviviente.

Sin embargo, describiremos uno, que además de ser conocido por haberse ocupado de él un periódico local, envuelve no sólo horror, sino abnegación y grandeza y permite formarse idea de las supremas angustias de los habitantes del barrio más cruelmente herido en la espantosa catástrofe de Guanajuato.

En una de aquellas frágiles casuchas del Hinojo vivía un pobre matrimonio obrero formado por Florentino Miranda y María Trinidad Estrada.

Cinco eran los hijitos que tenían: María Loreto, de diez años de edad; Salvador, de ocho; María Socorro, de seis; Pedro, de cuatro; y Cruz, un pequeñito, solo de cuatro meses.

Además, vivía allí Modesta Estrada, sobrina de los esposos Miranda.

El marido se encontraba el 1º de Julio en su trabajo, y por tanto, en la casa solo había una mujer y seis niños.

A las primeras gotas de la lluvia todos buscaron el abrigo maternal.

Vino la primera ola. Los chicos se estrecharon al rededor de la madre llorando, afianzándose á sus ropas, "como polluelos que sienten el peligro," buscando su salvación en aquella que era para ellos toda abnegación y todo cariño. ¡Pobre mujer! Su alma y su valor eran grandes, pero no se lucha contra la estúpida fuerza de las olas. Estas arrebataron á los niños, la madre vió desaparecer en el agua á todos aquellos pedazos de su carne y solo le quedó uno ¡uno solo! el pequeño Salvador que se había asido á sus ropas.

Pero el agua, subiendo rápidamente en el cuarto, empezó á disputarle la vida de aquel último hijo.

La madre hizo que Salvador se abrazara á su cuello y con él acuestas, se cogió con toda la fuerza de su angustia á un morillo del techo. Así estuvo varios minutos, siglos de desesperación para ella en las tinieblas del cuarto, sosteniendo su peso y el de su hijo, con sus manos débiles y desolladas.

El techo se desgajó. Madre é hijo se hundieron y cuando la mujer reapareció, ya el peque-

ño había sido arrebatado para no reaparecer nunca.

Ella, sola ya, logró asirse al *último morillo* que quedaba del hundido techo, y allí esperó su salvación confundiendo sus lágrimas con las salpicaduras del agua que la ahogaba.

Cuando Florentino Miranda, el marido, volvió de su trabajo en busca de su hogar y su familia, solo encontró un informe montón de escombros y una mujer, sumergida en una especie de idiotismo, que lloraba silenciosamente viendo continuamente ante sus ojos la horrible visión de aquellos pequeños seres, luz y alegría de su alma, desapareciendo uno tras otro en las aguas negras y turbulentas .....

En medio de tanto espectáculo lastimoso como descubrió, al descender el agua de la inundación, llamaba la atención de los guanajuatenses sobre todo los demás, el barrio del Hinojo.

Las múltiples fotografías que de él se sacaron, permiten á los extraños imaginarse el aspecto de aquellas ruinas.

Allá fué el que esto escribe, acompañado de un amigo, al día siguiente del desastre, á las 9 de la mañana.

Mucha gente contemplaba desde la orilla pouesta del río el triste cuadro. Se abstenían de

Derrumbes sobre el río y á espaldas de la Calle de Cantarranas, cerca del Hinojo.

En el Hinojo en busca de muertos.

pasar por temor de que se hundiera el puente. En la orilla opuesta había una fila de cadáveres extraidos de los escombros, y los camilleros se negaban también á pasar.

Viendo la solidez del puente, mi amigo y yo pasamos y anduvimos contemplando aquellos montones de fango que fueron casas, penetrándonos de todos aquellos horrores.

Sobre un hacinamiento de escombros estaba un hombre de regular edad, de aspecto triste, apartando trabajosamente los montones de adobe y de vigas, como buscando algo entre las ruinas.

Le preguntamos qué buscaba y aquel hombre nos contestó que allí debajo estaba toda su familia, su mujer, su hermana y sus hijos.

En seguida nos contó su historia.

Se llamaba Tiburcio Campos, estaba empleado en los molinos de nixtamal de la Cárcel de Mujeres, y el día anterior, á la hora de la inundación, comprendiendo que en el Hinojo estaría su familia en grave peligro, atravesó como pudo la ciudad; llegó, y el agua que cubría ya el barrio le impidió pasar. Pudo salvar á una familia, pero no pudo llegar á su casa, la que vió derrumbarse desde un callejón alto. Cuando pudo fué, pero no era ya más que un hacinamiento de escombros con el resto del barrio.

Con la esperanza insensata de encontrar vi-

vos á su mujer é hijos, estuvo escarbando y encontró un pequeñito que aun conservaba vida, por no sabemos qué inexplicable casualidad. Tenía una herida en la frente y se había conservado en un vacío de los escombros, á salvo del agua y del desplome, pero no de la asfixia que lo iba á matar cuando lo encontró su padre.

El niño le dijo que cuando llegó el agua lo había subido su madre á la cama con sus hermanitos y que no sabía más, porque había perdido el sentido, seguramente porque sobrevino el desplome.

Aquel hombre pasó toda la noche en la obscuridad y bajo la lluvia, escarbando las ruinas sin más herramienta que las uñas. Cuando lo encontramos, como he dicho, á las 9 de la mañana, apenas había removido un metro cuadrado de escombros en 15 horas de trabajo tenáz.

Le ayudamos á apartar las vigas y poco después apareció un cadaver de niño. Campos lo sacó cuidadosamente, le limpió la carita desfigurada, le dió un beso y cubriéndolo con su saco, lo depositó en el suelo suavemente, como si el niño aun sintiera. Llamamos gente que le ayudara y el pobre hombre siguió su fúnebre tarea, limpiándose de cuando en cuando con su mano callosa el sudor y las lágrimas.

Después supimos que quitados todos los escombros no aparecieron los demás cadáveres, arrebatados por el río.

Una viejecita de cabeza blanca se nos acercó llorando y preguntándonos si no habiamos visto á su nieta, su única familia, que desde el día anterior *no parecía*.

Una persona que estaba cerca le dió una vaga noticia, *que le parecía haberla visto*, pero que no estaba seguro.

La viejecita, transfigurada por la esperanza, se fué tras aquella noticia, que dudosa y todo, la volvía á la vida.

A la salida del Callejón del Hinojo para Mejiamora, un grupo lloraba delante de dos formas humanas cubiertas con sábanas y atadas á las hojas de una puerta á guisa de camillas. Le preguntamos á un conocido que formaba parte del grupo, quiénes eran, y nos respondió que las mujeres que lloraban eran sus hermanas y los dos cadáveres el de su madre y el de su tía, ahogadas la víspera. .....

No dudamos que la lectura de las anteriores líneas inspirará á nuestro público la misma impresión que á nosotros nos inspiró la vista de tantos horrores.

Un sentimiento de rebeldía y de conmisce-

ración infinitas. Odio á las fuerzas ciegas de la Naturaleza, á las olas, verdugos brutales de tantos pobres seres; piedad infinita para las víctimas, para esa pobre clase social destinada por la injusticia para el sufrimiento.

¿Qué habían hecho todos aquellos pequeñitos, risueños y felices, para que la Naturaleza los condenara á ser tronchados en la flor de su vida, á ser convertidos en asquerosos guiñapos? ¿qué habían hecho las madres, esas buenas y sufridas mujeres del pueblo, esos oscuros y laboriosos obreros, para ser heridos así?

¡Ah! ¡El pueblo! La pobre clase desheredada, víctima de todas las cóleras del cielo y de la tierra. En todos los sufrimientos, en todas las calamidades lleva la peor parte. En la existencia ordinaria los privilegiados tienen la riqueza y los placeres; ellos la miseria y el trabajo, y cuando vienen las grandes catástrofes, cuando la Naturaleza pone á contribución, como ahora, á todo un pueblo, los unos pagan con sus riquezas, sus muebles y sus palacios; los otros, con lo único que tienen: su vida y su sangre. Pero ¿qué valen las pérdidas materiales de todos los próceres juntos frente á esa madre que perdió cinco hijos? ¿Qué palacio en ruinas, así pueda llamarse «Teatro Juárez» ó «Palacio Otero», vale mas que ese pequeñín de 3 años, rubio y rizado, de grandes y cándidos

ojitos azules, de inocente sonrisa, hoy convertido en un cadáver hinchado y repugnante, con el cuerpecito mutilado y el craneo hundido por un golpe brutal?

Grandes, inmensas, son las pérdidas materiales de todas las clases de la sociedad guanajuatense, mas sobre ellas la caridad extenderá su velo y el trabajo su mano bienhechora; pero sobre ese Hinojo, humilde habitación de oscuros obreros y luchadores, el dolor durará largo tiempo, todo el que dure el recuerdo de los seres queridos...No podemos hacerles otra limosna que nuestra compasión, ni darles otro consuelo que respetar su dolor y unir nuestras lágrimas á las suyas.

Para atenuar la amargura de las tremendas injusticias, la religión escribió en el cielo de los pobres, la consoladora frase: *Bienaventurados los que lloran.....*